

TERRY
GOODKIND

La ESPADA de la VERDAD

Los PILARES DE
LA CREACIÓN



minotauro

TERRY GOODKIND
La ESPADA de la VERDAD

7

LOS PILARES DE
LA CREACIÓN

minotauro

La Espada de la Verdad n.º 07/17 Los Pilares de la Creación

The Pillars of Creation (Sword of Truth) by Terry Goodkind © 2001 published in agreement with the author, c/o BAROR INTERNATIONAL, INC., Armonk, New York, USA.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: © Gemma Gallart

Diseño de cubierta: Coverkitchen

Mapa: Terry Goodkind

ISBN: 978-84-450-1656-5

Depósito legal: B. 11.910-2023

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros



Revolviendo en los bolsillos del muerto, Jennsen Daggett tropezó con la última cosa en el mundo que habría esperado. Sobresaltada, se sentó en cuclillas. La cortante brisa le alborotó los cabellos mientras contemplaba boquiabierta las palabras escritas en meticulosa letra de imprenta sobre el pequeño trozo cuadrado de papel. Habían doblado el papel por la mitad dos veces, con cuidado, de modo que los extremos coincidieran. Pestañeó, medio esperando que las palabras desaparecieran, igual que una ilusión macabra. Permanecieron, muy, pero que muy reales.

Aunque sabía lo estúpida que era la idea, le pareció no obstante como si el soldado muerto estuviera observando su reacción. Sin mostrar ninguna, externamente al menos, dirigió una mirada furtiva a los ojos del cadáver. Estaban opacos y empañados. Había oído decir que los difuntos daban la impresión de estar simplemente dormidos. Con él no era así. Sus ojos aparecían muertos. Los pálidos labios estaban tirantes, el rostro ceroso. Había un rubor violáceo en la parte posterior del cuello, corto y ancho.

Por supuesto que no la observaba. Ya no observaba nada. Aunque, con la cabeza girada hacia ella, casi parecía como si la mirara.

Arriba, en la rocosa colina a su espalda, las ramas desnudas chasqueaban bajo el viento como huesos que repiquetearan. El papel que sostenía con sus temblorosos dedos pareció vibrar con ellas, y su corazón, que ya palpitaba con brío, se desbocó.

Jennsen se enorgullecía de su sensatez y sabía que estaba dejando que su imaginación se desbocara. Pero nunca antes había visto a una persona muerta, a una persona tan grotescamente inmóvil. Era espantoso ver a alguien que no respiraba. Tragó saliva en un intento de calmar su respiración, ya que no sus nervios.

Incluso aunque estuviera muerto, a Jennsen no le gustaba que la mirara, así que se levantó y rodeó el cuerpo. Dobló con cuidado el pequeño pedazo de papel dos veces, tal como había estado cuando lo encontró, y lo deslizó al interior de su bolsillo. Tendría que preocuparse por aquello más tarde. Jennsen sabía cómo reaccionaría su madre ante aquellas dos palabras del papel.

Decidida a finalizar con el registro, se acuclilló al otro lado del hombre. Con el rostro vuelto, casi parecía como si este mirara atrás, al sendero desde donde había caído, como si se estuviera preguntando qué había sucedido y cómo había acabado en el fondo del rocoso desfiladero con el cuello roto.

La capa no tenía bolsillos, pero él llevaba dos bolsas sujetas al cinturón. Una contenía aceite, piedras de afilar y una banda de cuero también para tal fin. La otra estaba repleta de cecina. Ninguna contenía un nombre.

De haber sido listo, como ella, el hombre habría tomado el camino largo que seguía la base del precipicio, en lugar de atravesar el sendero que iba por la cima, donde zonas cubiertas de finas capas de hielo lo convertían en peligroso en aquella época del año. Incluso aunque no quisiera retroceder por donde había venido para descender al interior del desfiladero, habría sido más sensato haber ido por el bosque, a pesar de las espesas zarzas que dificultaban el paso allí arriba.

Ya no se podía hacer nada. Si pudiera hallar algo que le dijera quién era, tal vez podría encontrar a sus parientes, o a alguien que lo conociera. Querrían saber lo sucedido. Se aferró a aquel pretexto.

Casi contra su voluntad, Jennsen volvió a preguntarse qué estaría haciendo él por allí. Temía que el trozo de papel cuidadosamente doblado lo explicara con prístina claridad, pero, con todo, podría existir algún otro motivo...

Si al menos pudiera descubrirlo.

Tenía que moverle un poco el brazo si quería mirar en el otro bolsillo.

—Queridos espíritus, perdonadme —musitó mientras agarraba la extremidad muerta.

La anquilosada extremidad se movió pero con dificultad; Jennsen arrugó la nariz. Estaba tan helado como el suelo sobre el que yacía, tan helado como las esporádicas gotas de lluvia que caían del cielo. En aquella época del año, era un viento del oeste tan fuerte que casi siempre traía nieve. Las inusitadas neblina y llovizna intermitentes sin duda habían contribuido a que las zonas cubiertas de hielo del sendero de la cima fueran aún más resbaladizas. El muerto lo demostraba.

Sabía que, si se quedaba mucho más tiempo, la atraparía la lluvia

que se aproximaba y era muy consciente de que las personas expuestas a tales condiciones climáticas arriesgaban la vida. Por suerte, no estaba muy lejos de casa. Si no regresaba pronto, no obstante, su madre, preocupada ante lo que la podía estar demorando, probablemente saldría en su busca. Jennsen no quería que su madre también quedara empapada.

Su madre estaría aguardando los peces que Jennsen había recuperado de los sedales cebados del lago. Por una vez, los sedales que introducía en agujeros abiertos en el hielo les habían proporcionado una ristra llena. Los peces yacían muertos al otro lado del cadáver, donde ella los había dejado caer tras efectuar su lúgubre descubrimiento. El hombre no había estado allí antes, o lo habría visto de camino al lago.

Aspirando hondo para reforzar su determinación, Jennsen se obligó a reanudar el registro. Imaginó que alguna mujer se estaría preguntando probablemente por su grandote y apuesto soldado, preocupándose por si estaría a salvo, en un lugar cálido y seco.

Y no lo estaba.

Jennsen querría que alguien se lo dijera a su madre, de haber sido ella la que se había caído y desnucado. Su madre lo comprendería si se retrasaba un poco para descubrir la identidad del hombre. Jennsen recapitó. Su madre podría comprender, pero de todos modos seguiría sin querer que la joven se acercara a aquellos soldados. Pero aquel estaba muerto. No podía lastimar a nadie, ahora, mucho menos a ella y a su madre.

Su madre se inquietaría aún más una vez que Jennsen le mostrara lo que estaba escrito en el pedacito de papel.

La muchacha sabía que lo que en realidad impulsaba su búsqueda era la esperanza de otra explicación. Deseaba desesperadamente que fuera otra cosa, y esa necesidad desesperada la mantenía junto al muerto cuando nada deseaba tanto como marcharse corriendo a casa.

Si no encontraba nada que explicara su presencia, lo mejor sería ocultarlo y esperar que nadie lo encontrara jamás. Incluso aunque tuviera que permanecer bajo la lluvia, debería ocultarlo tan rápidamente como pudiera. No debía esperar. De ese modo nadie sabría nunca dónde estaba el cadáver.

Se obligó a introducir la mano en el bolsillo del pantalón del soldado, hasta el fondo. La carne del muslo estaba rígida. Los dedos recogieron apresuradamente el conjunto de pequeños objetos del fondo. Dando boqueadas ante tan desagradable tarea, lo sacó todo en la mano cerrada. Se inclinó y abrió los dedos para mirar.

En la parte superior había un pedernal, botones de hueso, un pequeño ovillo de cordel y un pañuelo doblado. Con una mano, apartó el cordel y el pañuelo a un lado, dejando al descubierto un pesado puñado de monedas... de plata y oro. Soltó un quedo silbido ante la visión de tal riqueza. No creía que los soldados fueran ricos, pero aquel hombre tenía cinco marcos de oro y bastantes marcos de plata. Una fortuna se mirara como se mirase. Todos los peniques de plata —no de cobre, de plata— parecían una insignificancia en comparación, incluso a pesar de que esos peniques eran probablemente más dinero del que ella había gastado en sus veinte años de vida.

Se le ocurrió que era la primera vez en la vida que sostenía en su mano marcos de oro... o de plata siquiera. Se le ocurrió que podía tratarse de un botín.

No halló ninguna baratija procedente de una mujer, como había esperado, para así mitigar su preocupación sobre la clase de hombre que había sido.

Lamentablemente, nada en el bolsillo le dio la menor indicación sobre quién podría ser. Arrugó la nariz mientras llevaba a cabo la tarea de devolver sus posesiones al bolsillo. Algunos de los peniques de plata se cayeron de su puño. Los recogió del suelo mojado y obligó a su mano a volver a devolverlos al lugar al que pertenecían.

La mochila del muerto a lo mejor le diría más, pero él estaba tum-bado sobre ella, y la muchacha no estaba segura de querer echar un vistazo, puesto que era probable que no contuviera más que provisiones. Todo lo valioso debía de llevarlo en los bolsillos.

Como el trozo de papel.

Supuso que todas las pruebas que realmente necesitaba estaban a la vista. El hombre vestía una coraza de rígido cuero bajo la capa oscura y la guerrera. En la cadera llevaba una sencilla pero muy afilada espada de soldado en una utilitaria vaina desgarrada de cuero negro. La espada se había roto por la mitad, sin duda en la caída.

Sus ojos se deslizaron con más cuidado sobre su excepcional cuchillo. Su empuñadura, que brillaba en la penumbra, era lo que había cautivado su atención desde el primer instante. Su visión la había mantenido paralizada hasta que advirtió que el propietario estaba muerto. Estaba segura de que ningún simple soldado poseería un cuchillo de tan exquisita factura. Debía de ser el cuchillo más caro que ella había visto en su vida.

En la empuñadura de plata había una ornamentada letra «R». Incluso así, era un objeto hermoso.

Desde pequeña, su madre la había enseñado a usar un cuchillo.

Deseó que su madre pudiera tener un cuchillo tan magnífico como aquel.

Jennsen.

Jennsen dio un salto al oír la susurrada palabra.

«No ahora. Queridos espíritus, ahora no. Aquí no».

Jennsen.

Jennsen no era una mujer que odiara muchas cosas, pero sí odiaba esa voz que a veces iba a ella.

Hizo caso omiso, como hacía siempre, obligando a sus dedos a moverse, para descubrir si había algo más sobre el hombre que debiera saber. Comprobó las correas de cuero en busca de bolsillos ocultos, pero no encontró ninguno. La guerrera era de corte sencillo, sin bolsillos.

Jennsen, volvió a dejarse oír la voz.

Apretó los dientes.

—Déjame en paz —dijo en voz alta, aunque en tono quedo.

Jennsen.

Esta vez sonó diferente. Casi como si la voz no estuviera en su cabeza, como siempre estaba.

—Déjame tranquila —refunfuñó.

Entrega, dijo el sordo murmullo.

Alzó los ojos y vio los ojos sin vida del hombre mirándola fijamente.

La primera cortina de fría lluvia, empujada por el viento, le dio la sensación de dedos helados de espíritus acariciándole el rostro.

Su corazón galopó aún más rápido. El aliento pareció atascarse en sus irregulares inspiraciones, como seda enganchándose sobre piel reseca. Con la desorbitada mirada fija en el rostro del soldado muerto, empujó con los pies, retrocediendo apresuradamente.

Estaba siendo una tonta. Lo sabía. El hombre estaba muerto. No la miraba. No podía. Tenía la mirada fija de la muerte, eso era todo, como su ristra de peces muertos..., ellos no miraban nada. Tampoco él. Estaba siendo una tonta. Solo parecía que la miraba.

Pero incluso aunque aquellos ojos muertos no estuvieran mirando nada, preferiría que no estuvieran mirando en su dirección.

Jennsen.

Más allá, por encima de la empinada elevación de granito, las coníferas se balanceaban de un lado bajo el viento y los desnudos arcos y robles agitaban sus brazos esqueléticos, pero Jennsen mantuvo la mirada fija en el cadáver mientras escuchaba la voz. Los labios del hombre estaban inmóviles. La voz estaba en su cabeza.

El rostro del muerto seguía vuelto hacia el sendero del que había caído.

Los ojos deberían estar mirando en esa dirección, pero en aquellos momentos esos ojos parecían estar vueltos hacia ella.

Jennsen cerró los dedos alrededor de la empuñadura de su cuchillo.
Jennsen.

—Déjame en paz. No entregaré nada.

Nunca sabía qué quería la voz que entregara. A pesar de haberla acompañado casi toda su vida, nunca lo había dicho. Ella hallaba refugio en esa ambigüedad.

Como en respuesta a su pensamiento, la voz volvió a sonar.

Entrega tu carne, Jennsen.

Jennsen no podía respirar.

Entrega tu voluntad.

Tragó saliva, aterrorizada. Nunca había dicho eso antes, nunca había dicho nada que ella pudiera comprender.

A menudo la oía débilmente, como si estuviera demasiado lejos para poderla entender con claridad. En ocasiones le parecía que oía las palabras, pero parecían dichas en una lengua desconocida.

A menudo la oía cuando empezaba a dormirse, llamándola con aquel susurro distante y sordo. Le decía otras palabras, ella lo sabía, pero solo comprendía su nombre, y aquella aterradoramente seductora orden de que entregara. Esa palabra era siempre más contundente que cualquier otra. Siempre la oía, incluso cuando no entendía ninguna más.

Su madre decía que la voz era el hombre que, casi durante toda la vida de Jennsen, había querido matar a la joven. Su madre decía que quería atormentarla.

—Jenn —decía su madre a menudo—, no pasa nada. Estoy aquí contigo. Su voz no puede lastimarte.

Puesto que no quería preocupar a su madre, Jennsen a menudo no le hablaba de la voz.

Pero aunque la voz no pudiera lastimarla, ese hombre sí podía, si la encontraba. En aquel momento, Jennsen deseó desesperadamente el protector consuelo de los brazos de su madre.

Un día, él iría a por ella. Ambas lo sabían. Hasta entonces, enviaba su voz. Eso era lo que su madre pensaba.

A pesar de lo mucho que esa explicación la asustaba, Jennsen la prefería a considerarse loca. Si no poseía su propia mente, no tenía nada.

—¿Qué ha sucedido aquí?

Jennsen lanzó una ahogada exclamación de miedo al mismo tiempo que se giraba en redondo, sacando el cuchillo. Se dejó caer medio agazapada, los pies separados, el cuchillo listo para matar.

Aquella no era una voz incorpórea. Un hombre ascendía por el barranco hacia ella. Con el viento en los oídos, y la distracción del cadáver y la voz, no lo había oído acercarse.

Era grande y estaba cerca. Supo que, si corría, y él así lo deseaba, podía fácilmente darle caza.